

Germán Marín

Ídola



HUEDERS

PRÓLOGO

Conocí a Germán Marín un par años antes de que empezara a escribir *Ídola*. Me lo presentó en el Tavelli un día jueves Adriana Valdés. En ese tiempo Germán estaba dedicado a editar y anotar el volumen *El circo en llamas*, constituido por los ensayos de su amigo Enrique Lihn. Recuerdo que el trabajo de armar y corregir era titánico. En ese tiempo yo poseía una juventud innombrable y me mantenía con trabajos esporádicos. Germán venía llegando del exilio, vivía aún solo en Providencia –su esposa e hijos llegarían de Barcelona poco después–, se movía por los cafés de la zona, era editor free lance en Lom. Caminaba bastante, y tenía una biblioteca que me parecía milenaria. Nos juntábamos a conversar en diversos cafés, según el dinero y el ánimo. Pero el Di Roma, a la salida del metro Los Leones, era el que más visitábamos.

Germán tenía unos amigos que provenían de su pasado y suficientes conocidos desagradables como para sentirse solo. Había publicado *Círculo vicioso*, la primera parte de su trilogía, y estaba por salir *Las cien águilas*, la segunda entrega de *Historia de una absolución familiar*. Ya estaban editadas en un solo libro las dos novelas breves *El Palacio de la Risa* y *Carne de perro*. La crítica había sido unánime al aplaudir su inusitada aparición en el medio literario. La molestia de los autores de la denominada Nueva Narrativa era evidente y solapada. No se explicaban por qué un señor mayor, de pasado comunista y que venía del exilio, irrumpía con estas novelas densas y políticas, que se acompañaban de comentarios destemplados en las entrevistas de prensa. Les caía mal la actitud de crítica hacia la vida que Marín nunca ha

dejado de practicar, tanto en sus libros como en su labor de editor y personaje cultural. A Germán poco le importaban esas tensiones, ya que sus fantasmas eran otros y venían atormentándolo hacía décadas.

Una de esas tardes en el Di Roma me percaté de que Marín estaba guardando recortes de prensa. Como nunca antes lo veía comprar diarios. Seguía el caso de los “psicópatas de Maipú”, la pareja que secuestraba menores de edad para usarlos en la producción de pornografía, con una fruición que bordeaba el morbo. Según él estaba investigando. Al poco tiempo empezó a interrogarme sobre la jerga vinculada a las drogas y otras menudencias de los barrios bajos. Esta nueva faceta no me parecía una extravagancia, y a la vez, me intrigaba mucho la cantidad de información que digería, sobre todo porque era datos pop, desde canciones punks hasta lugares como los malls. Además tenía gran cantidad de material sobre la industria porno, sobre los rituales de los actores y sobre las conductas de los perturbados. Pronto lo vi escribiendo *Ídola* en cuadernos de colegio, y antes de juntarnos para el café, Germán había pasado horas urdiendo la trama de la que luego sería su obra más oscura y brutal.

Esta es, por lo tanto, una novela de investigación. A diferencia de las obras anteriores de Marín, que se dedican a indagar la memoria del país y la del autor, y que en paralelo exploran su condición de trasplantado, en este caso se trata de un texto escrito en un presente acuciante, que corresponde a los años noventa, la denominada transición. La prosa de Marín –normada por la lengua que el escritor desarrolló lejos, en México y Barcelona– empieza a infectarse de palabras del coa, de la jerga adolescente y barriobajera de Santiago. En ese sentido, la novela es una observación del habla de los chilenos. La sintaxis sinuosa que caracteriza

la prosa de Marín se apropia de los giros y términos de la época postpinochetista. Los envuelve en su cadencia espesa para sacudirlos de su sentido único.

Ídola también es una exploración de las costumbres nuevas, consumistas y cínicas, excitantes, que marcan la vida del país posterior a la dictadura. El narrador es un sujeto que viene de vuelta del exilio, un escritor fracasado que arrastra una obra inconclusa. El personaje se describe de forma íntima con la finalidad de causar el equívoco de confundirse con el mismo autor. Se puede caracterizar como un tipo enfermo de culpa, lleno de egoísmo, lector y memorioso, machista y cruel. Su vida, en un comienzo, transcurre en un ocio precario, deambula por las calles de Santiago influido por pulsiones melancólicas. Son los días en los que buscando algo encuentra una postal con una imagen, con una fijación que no la abandonará por el resto de la novela: la pintura *El origen del mundo* de Gustave Courbet, con la que el protagonista fantasea y especula, lee todo lo que encuentra acerca de ella. Se trata de la eximia pintura del pubis de la modelo Jo, cuyas piernas abiertas en una disposición de entrega estremecen al narrador. Esta obsesión es una balsa mental en el naufragio psicológico en el que vive. Su situación económica pronto lo obliga a trabajar, es decir, a alternar con interlocutores y ambientes que lo van envileciendo a través de una serie de experiencias que oscilan entre lo humillante y lo limítrofe. Desde Sofía, la cajera de una fuente de soda que lo trastorna sexualmente, hasta Ruiz, un individuo dudoso que lo implica con una organización clandestina dedicada a la producción de películas porno amateurs y el tráfico de cocaína. La violencia y el delirio son elementos esenciales de *Ídola*, salidas inesperadas y fatales para el aburrimiento que permea todo. Es un libro que pasa por lo policial para arrasar

con sus presupuestos. Los acontecimientos pierden el control, se desquician sin previo aviso y evolucionan con fuerza hasta ser escenas apocalípticas. El narrador no es confiable, puesto que está involucrado hasta la médula en situaciones que le producen un placer abyecto, y distorsiona su mirada. Marín cuenta actos que yo pocas veces había leído descritos con tanto pormenor y solaz. Goza de la perversión del detalle, y lo disfruta tanto a la hora de contar una violación, como cuando se refiere los colores de las hojas o al plumaje de las aves rapaces que se abalanzan sobre la ciudad al comienzo y al final del libro.

Sin duda uno de los asuntos que vuelven a *Ídola* una novela fuera de orden reside en que el autor hace que el protagonista resista dos procesos de inversión: el primero, a que en su calidad de hombre rudo acepta ser sodomizado por el excepcional clítoris de su mujer, la que en la cama se convierte en una fiera que en ocasiones lo penetra con ira hasta que ambos acaban en un orgasmo bestial. La otra inversión sucede cuando el narrador, un exiliado triste, pasa a convertirse en torturador febril, que no tiembla ante la posibilidad de dañar a mujeres jóvenes y desconocidas. El cambio de roles es un tópico propio de la literatura carnavalesca y erótica, un género donde lo popular, lo deforme, el cuerpo y lo excesivo toman posesión de un espacio central en la historia. La efectividad de este tipo de literatura en Chile es escasa. Se trata de un trayecto poco visitado, salvo dos memorables excepciones: *El obsceno pájaro de la noche* de José Donoso y *Patas de perro* de Carlos Droguett, ambas novelas emparentadas subterráneamente con *Ídola*. La incorrección política de la novela radica en el desembozado sadismo de la mayoría de sus personajes. Es un sadismo culposo en el caso del protagonista, y frío en el caso de su mujer. Cuando se trata de los psicópatas David Calisto

y su esposa, Julia Quezada, estamos ante un sadismo terminal. El vínculo que une a estas parejas está dado por un pacto de silencio tácito, un pacto que es clave en este tipo de relaciones torcidas. También el sadismo aparece cuando el talento literario del narrador es prostituido por él mismo. Intenta trabajar de redactor publicitario y le va mal, de ahí se hace colaborador periodístico de la revista *Punto Final* sin gloria ni entusiasmo; pasa a trabajar en el correo escribiendo las cartas de los analfabetos por una propina, y termina como guionista de películas porno de bajo presupuesto, lo que más lo satisface debido a la paga generosa. Ninguno de estos trabajos lo enaltece, tampoco le permiten escribir literatura, como es su intención inicial. Por el contrario, son etapas que va quemando en su derrumbe. Finaliza disfrutando con aquello que su moral de izquierdista condena: el dinero, que lo seduce y tranquiliza. Y lo obtiene cometiendo voluptuosos delitos con tal de mantener la vida de burgués corrupto y la satisfacción que logra en un escaso tiempo.

La narración recoge múltiples implicancias estéticas para dar cuenta de una historia con ribetes delirantes y basada en hechos reales. Quizá las máximas expresiones de esta variedad de estilos sean dos pasajes. El primero es cuando el protagonista describe la casa museo de doña Chela en Valparaíso, una galería del mal gusto, llena de réplicas de perros de loza. El otro episodio es el comienzo, el relato de una resaca pesadillesca, que lleva al narrador a observar como la anarquía se adueña de la calle y los bajos instintos se instalan junto con los saqueos e incendios. Con este inicio el lector pierde las coordenadas habituales. No sabe si es un sueño terminal o una realidad insospechada, sólo está claro que el alcohol es el elemento estimulante que desencadena este trance.

Interpretar esta novela es tan intrincado como inútil. Está repleta de chistes, callejones psicoanalíticos sin salida, guiños a otros autores y parodias que no se notan gracias al arte narrativo de Marín. Fue escrita con un ánimo curioso que se traspasa al lector y se convierte en velocidad. *Ídola* es una ficción sucia y viscosa, llena de situaciones depravadas contadas con prodigio, cuyo personaje principal es un entrañable hombre frustrado que se liquida encandilado por el deseo.

Matías Rivas

*Es curioso lo interesante que se vuelve la vida
cuando uno ha dejado de ser parte de ella.*

OSCAR WILDE

PRELUDIO

Dormir es el mejor cuento que conozco, pero la resaca, luego de la noche bebiendo whisky, me tenía a maltraer, ansioso, sediento, oscuro, bajo un sueño que avanzaba y se retiraba pesadamente, al igual que la mancha de una lengua de petróleo en el mar. Estaba arrojado ahí bajo el sol que en verdad existía, pues por la ventana de la habitación entraba un rayo que, penetrando entre las cortinas de brocato, me apuntaba en la cara. Cada cierto rato me daba vuelta como un fardo, aunque llevado por la rutina de dormir hacia la derecha, volvía a la misma ubicación. Sobre todo tenía mucha sed, el deseo de beber con largos sorbos un agua cristalina, fresca, perpetua, que corriera por mi garganta semejante a un bálsamo. Por más que pretendiera refugiarme en el sueño, donde había tratado hasta ese momento de borrar la conciencia, sabía que al abrir los ojos, frente al día que avanzaba, me esperaba otra vez la amenaza de terminar la jornada transformado en carne de un funeral anónimo. Me sentía reventado desde hacía semanas a punto ya de arrojar las chalas. A pesar de haberme tocado la habitación 682 del penúltimo piso del hotel, de nombre Santiago Park Plaza, el ruido discontinuo, opaco y pegajoso de la ciudad subía como el vapor de un pantano. Perdido en el fondo de la almohada, escuchaba en sordina el fragor de la calle, en que la vida en su azar proseguía imperturbable, aunque como era posible que ocurriera, los diarios colgados en los kioscos de las esquinas, bajo el sol de esa mañana de noviembre, informaran con titulares en rojo de la aparición del cadáver de Ruiz en un albañal de los suburbios. No sabía

la hora, extraviado en las incertidumbres del sueño, pero quizá pronto serían las doce del jueves o del siguiente día. La resaca que me dominaba, tornando la cabeza en un patio de interior lleno de ecos, me impedía ver el reloj puesto en la mesita de al lado. Nunca había sido amigo de despertar en cuartos ajenos pues, dentro de mis asuntos sin razones, me traían a la mente la precariedad de la vida, no obstante como también calculaba, atenzado por las circunstancias, era mejor eso que el dilatado sueño en la cama propia con un balazo en la sien y muerto oír el llanto de una mujer. Ya no quedaban alternativas si es que alguna vez habían existido. En la duermevela, de pronto me apareció venido de la nada, aunque con las prolijidades de un hecho real, el suave y albo muslo de un cuerpo femenino que, luego de observar con mayor detención, como si se aproximara a mí y después se alejara en un segundo plano, me hacía pensar durante el descanso en el trozo de una pata de vacuno que, de pronto, me golpeaba con la coza. Junto con rechazar la imagen, me dije contra la almohada, por qué sueño con esto, tratando de emerger, pero algo me echaba hacia abajo, me hundía al igual que un desaparecido de la dictadura, envuelto en una pesada sábana negra. El cuerpo me molestaba como si estuviera obligado a llevarlo. Había dejado de ver a Ruiz hacía unas cuantas horas, después de acordar que me llamaría a las diez al bar de aquel hotel en la avenida Lyon, conocido por ambos una noche que salimos a divertirnos con un par de fulanitas, una de ellas estudiante de teatro, que frecuentaban los cafés de Providencia. Al pasar frente a la marquesina del Santiago Park Plaza, mientras conversábamos preocupados, se nos ocurrió que dicho lugar sería un buen punto de enlace. En ese instante, luego de aparcar un vehículo de color amarillo, descendieron varios pasajeros, indudablemente de nacionalidad extranjera, entre ellos dos

hombres de negocios como se evidenciaba por sus flamantes maletines. El resto de la noche había sido una larga espera en la barra un poco tristonza del hotel, donde los clientes, casi siempre solitarios, bebían algo rápido y a continuación se marchaban, pero yo proseguí allí, whisky tras whisky, sentado en un taburete de felpa, ya que a medida que pasaban las horas mi zozobra era mayor. Cerca de las dos, sabiendo que ya no me llamaría, medio borracho decidí quedarme a dormir y solicité un cuarto rogando que, a la mañana siguiente, no me despertaran. Tal vez lo había pedido antes con el propósito ya definido de pernoctar allí. Tenía la impresión bajo el alcohol, atrapado por aquellos sucesos, conociendo a Ruiz durante casi dos años, de que, si no lo había hecho, jamás volvería a escucharlo, pues significaba que la Organización había proseguido su trabajo. Querían darnos el adiós como a unos perros del montón, no obstante calculaba que, a objeto de no levantar olitas, eran capaces en nuestro caso, luego del asesinato de David Calisto y Julia Quezada, de trabajar unas muertes llamemos fortuitas, tan comunes en los ambientes de la mafia, hacernos tropezar en la escalera de una estación del metro, llevarnos a fallecer por descuido ante la descarga eléctrica de cualquier aparato doméstico. Conformábamos el eslabón más débil de la cadena y, si abríamos la boca, aunque resultaba difícil que la prensa nos hiciera caso, excepto la revista *Punto Final* donde conocía a Cabieses, echaríamos a perder el negocio por el momento paralizado, del cual nosotros sabíamos demasiado. Nunca en Chile hay que estar informado más de la cuenta. Escuché detrás de la cama el ruido del agua de cierta cañería que borboteaba, pero a continuación de una pausa el sonido en la pared se adelgazó, ahora era un lento reguero de arena bajo la pintura, mudándose dentro del sueño en el rumor del público, conocido para mí,

que algodonoso, desigual, sumergido, cruzaba por un motivo u otro la sala de baldosas ajedrezadas del vetusto edificio del Correo Central. Parecía el ruido silencioso de una invasión de hormigas. En ese desahogado vestíbulo, justo antes de apalabrarme Ruiz, me ganaba la vida malamente redactando las cartas de quienes, sin saber escribir, necesitaban de una mano que lo hiciera con el propósito de poner al corriente a sus destinatarios de novedades, de sentimientos, de recriminaciones. Era, en fin, el escritor que nunca sería, a tantos pesos la hoja de esquila. Sofía me había convencido de que al menos mantuviera esa tarea mientras surgía algo mejor, humillante para mí, pero a esa altura ya no importaba rebajarme, pues lo que deseaba era proseguir al lado de ella, entre otras razones, porque me hallaba solo después de volver a Chile, luego de abandonar a la psicóloga de nombre María del Carmen. Me tenía aburrido esa mujer demente y alcohólica a quien, al término de la relación, me dedicaba a esmaltarle las uñas de los pies mientras ella, junto a la copa, seguía sin respirar la teleserie brasileña atenta a ese mundillo de noviazgos y riquezas. Sumergido en el maldito pantano del cual quería despertar, las imágenes de la televisión eran una reincidencia después de pensar en la loca, adonde pronto, conducido por la angustia de la pesadilla, el que era yo entró en escena, pues en el sueño uno no se ve, observando cómo un desconocido leía en voz alta, frente a unos fulanos, la carta que había recibido y todos al respecto se reían estrepitosamente. Por Dios, qué alto ha caído Marín, pensar que un día, hace muchos años, publicó *Conversaciones para solitarios*, exclamó alguien parecido a Mariano Aguirre, un amigo al que veía muy a lo lejos. Tengo presente que el ruido ensordecedor de los cubiletes sobre la mesa, al grado de superar las carcajadas, apagó por completo la lectura de la carta transformándose en unos golpes de tambor cada